

Viaje por la parte Oeste del estado de Nueva-York.

Carta 4.^a

Lewiston 15 de Junio de 1824.

Mi querido Ignacio: el mismo día que escribí la anterior salí de Utica para Rochester en un paquebote. La distancia es de 160 millas, que se andan en 28 horas, y el precio del pasaje con la manutención 6 pesos y 50 centavos.

A bordo me encontré una muchacha de 12 ó 13 años, linda y candorosa como un ángel, que nos sirvió el almuerzo, y después se puso á hacer una pluma. El Capitán me dijo que era la hija única, y que la tenía aprendiendo á escribir p.^a que le llevara sus cuentas, y pudiese encargarse esclusivamente del manejo interior de su flotante casa.

Una parte del canal no presenta escenas tan variadas como la otra, por que hay menos poblacion, y así es que con todo el segundo día se pasan entre bosques y soledades. Los cuadros mas notables son el paso del canal por el rio Seneca, y la vista del lago Onondaga. En el primer sitio, es muy agradable la vista de aquella vasta expansion de agua tan serena, en armonia con el suelo nivelado perfectamente hasta el pie de los collados que cierran el cuadro á lo lejos.

En el segundo lugar está el pueblo de Salina, y la notable fabrica de sal establecida junto á sus fuentes. Los artículos se llevan por el canal á Albany y Nueva-York. Es, á la verdad curioso que de estas soledades interiores se lleve sal á las orillas del Oceano.

No puedo uno menos de sorrimos al ver los nombres de los pueblos á las orillas del canal: de Utica á Rochester, se pasa por Roma, Sinca, Palmira, Montreal, y Montezuma.

Otra cosa he notado: he pasado por pueblos de que no hacen mencion ni aun los libros de geografia publicados en el estado el año de 23. Por donde queral que esta el terreno desmontado. Se ven casas á medio aferrax, e iglesias en armadura. Parece que las orillas del canal se pueblan por mixja, y que el sonido de sus aguas bienhechoras, semejante al susurro del antiguo tabaco, atrae al rededor de si las habitaciones de los hombres.

Al tercer dia temprano llegamos á Rochester, donde el canal cruza el rio Genesee en un soberbio aqueducto, abrado precisamente sobre los furiosos rápidos que van á terminar en la catarata vecina. Escena mas sublime y admirable que los cascados jardinas á cerca de Lemira.

La primer casa de Rochester se fabricó en 1812, y hoy cuenta mas de 3000 habitantes, excelentes edificios, entre ellos la casa de justicia, varias iglesias, imprentas, molinos y otras fabricas. Este pueblo esta situado á orillas del Genesee, qual á pocas millas de allí descarga en el lago Ontario, y á consecuencia de estar sobre la vertiente de piedra que se extiende desde Ohio por las orillas del lago Erie y parte de la Nueva York, se precipita para descender al Ontario en dos cataratas, una en Rochester, de 90 pies de altura, y otra 3 millas mas abajo, de 75 pies. El ruido que se levanta de la primera se vi á distancia como el humo de un incendio, entre el qual flotaban los colores prismáticos con agresta esplendor.

En las alrededores del pueblo hay muchas como las de nuestras haciendas, y todavia en parte de las calles no se han cortado los troncos de los arboles. Se vi materialmente al hombre, conquistando á los bosques su morada.

Despues de haber almorcado, tomamos otro payebate para Otona port, 20 millas para adelante, donde termina ahora la navegacion del canal. Pero antes de embarrarnos obtuvimos una descomunal pesada contra un petroca de pro-bora que por fuerza no queria llevar mas barato. En el que nos llevó, pagamos 6 reales con la comida.

Poco antes de llegar gozamos de una escena verdaderamente original. El barato venia tras de nosotros, y para acreditar de ligero, llegamos

de antes, derrumbaba a golpe a los miserables caballos. Nuestro Capitán juró que no sucediera tal cosa, y echándose a tierra, corrió a pie del bote, con todo el del abrigo de la Suro americana, apaleando a las orillas con no menor galtería que se anticipaba. Daba una una puntilla que nos cubría el otro bote, y en los intervalos nuestro patron rogaba a cuantos pasaban que entrasen a bordo para aumentar la desesperación del otro con figura de los mayor número de pasajeros. Paramos por debajo de un puente, donde estaban doce ó trece osos, que a la imitación del bravo comodoro saltaron precipitadamente a bordo. Pero por desgracia, no calcularon que el bote llevaba un fuerte impulso hacia adelante, y como si la cubierta de los haberos escurridos de los pies, cayeron todos de espaldas, con gran error de las mugeres de abajo, que no sabiendo de los ardides del comodoro, creyeron que se les venia el cielo encima. Antes de que pudiesen levantarse todos se puso a las vistas el otro bote, cuya gente celebrando con imprecaciones carcajadas la desgracia, aumentó la desesperación de nuestro jefe, que sofocado con su apaleadora fatiga, se desbarró en mil diables, mientras los cañones se hundían. La ropa unos a otros con la mas inalterable gravedad.

Cuando llegamos al pueblo, no habia carruaje ligero hasta el dia siguiente, y nos vimos condenados a aguardar en un indigno meson, con poca libertad para abrennos a nuestro sabor.

Algo por fin fue la hora señalada de partir, y nos metimos en un gran coche de posta con nueve sientos, tirado por cuatro caballos. Dos ingleses con sus mugeres, segun ellos decian, una agregada de americano, Juan y yo, ocupabamos lo interior del carruaje, y en el asiento del cochero iba un pasajero mas.

Anduvimos treinta millas sin que los ingleses hubiesen despedido sus labios. No se oia mas voz que la mia, y la de la muchacha agregada, que juntos trabamos en frances una larga conversacion, hasta que el ingles con quien ella venia, que probablemente no quita de lo otro un comentario, rompió su taciturnidad para manifestarme que pues yo deseaba aprender bien el inglés, haria mejor de ejercitarme.

El camino que seguianamos es el llamado Ridge road, y es por si una curiosidad. Es una especie de meseta ó tierra aluvial, que se eleva

de como se millas desde el rio Spawence hasta el Niagara, por la orilla meridional del lago Ontario. Esta encañada en el centro, y en general tiene de 4 a 18 varas de ancho, en partes ella 120 o 150 varas mas alto que el lago, del que se va a 6 a 10 millas. Las primeras 100 millas de esta calzada natural, están admirablemente llanas, y pasan por tierras cultivadas. El resto de la distancia hasta Lewiston es quebrado, y conado por quebradas y arroyos, y rodeado de espesos bosques, entre los cuales se hallan algunos claros de tierra, sembrados por los indios de la nueva Inglaterra.

Para pasar los pausanos, hallamos por la tarde una larga y sencilla calzada, que consistia de troncos y árboles caudales, horchales y maderas unidos punto a otro. Esto dura como dos millas. Considero que voluptuosos moriscos llevarán el saber sobre tal piso. Yo aguardé un rato aunque lo tal me impedia mi caberle directamente, hasta el punto que estaba en frente de mí, y cuyo fondo no parecia ser agradable. Viendo al fin que la fuerza de la larga, me resolví a andar al trabajo a que yo así lo hice. Cuando que los ingleses juraban, maldecían. No creo permanecer unparticular y solo uno de ellos dijo en una sencilla forma que se fue a su casa.

Yo me había adelantado, y al ser el puente que había sobre un arroyo, desaparecí de la vista de la gran cataraeta al día siguiente. Considero solo en algunos fragmentos de tablas, echados sobre vigas de pino, y sobre sobre pedres de hasta a diez onzas, para y viento q' del viento de la noche a seguirme, me puse a la par superior, y arrojando una mano a otra los pedres de tablas, y me quedé en profunda expectación. El pasado como yo entro en el puente, los pedres se caían y caían bajo de los pies de los cabezas metían los pies y can se hundían por las tradiciones por el fuerte los levantaba, hasta que como tal, probablemente llegaron a la orilla opuesta.

Llegamos a Lewiston, después de haber andado mas de 100 millas por el 2º piso. Después, y me acosté. Que noche, caí a las orillas del lago Ontario, a vista de la luna que se levantaba y brillaba por detrás de las atarazas de Lewiston, y oyendo al ruido largo y distante de la gran cataraeta, que tenía la boca del lago hasta sus bordes. En consideración que habiéndome dormido entre tales objetos, fuere mas extraño y maravilloso. No dormí a Baba y del S. Juan, a las orillas del Niagara y entre las escenas mas sublimes de Norte America. José M. Herrera